



■ Un lugar donde Neruda enmudecería

Postales del Parque Nacional de Puracé, Colombia

Agosto 21 de 2017

Hace 15 mil años, los caballos cabalgaban en los amplios territorios de América del Norte desde donde se extendieron hacia Asia, Europa y África, tras cruzar el estrecho de Bering. Y hace 10 mil años desaparecieron de América, pero sobrevivieron en África, Asia y Europa, de donde regresarían arrastrados por los conquistadores europeos. Retornaron en barco a las tierras desde donde miles de años atrás habían partido sus ancestros.

Hoy cabalgan el planeta 60 millones de caballos y casi la mitad está en América, pero su población viene disminuyendo en todo el mundo. Hay 266 gallos y gallinas, 125 personas, 66 ratones, 66 ratas,

22 toros y vacas, 17 ovejas, 5 perros y 4 gatos por cada caballo...

Y hay 3 motocicletas por cada caballo. Las motocicletas son su peor amenaza. Gente como Álvaro Uribe Vélez, las ferias equinas, la policía montada, los hipódromos y los equipos de polo, son su única esperanza.

A lo largo de los caminos, trochas y atajos montañosos entre Puracé y Santa Leticia, Cauca, las motocicletas han comenzado a reemplazar rápidamente a los caballos, cada vez más costosos, menos veloces, menos confiables, menos lustrosos y con menos *sex appeal* que una Yamaha o una Honda.

Durante 70 kilómetros de viaje apenas tropezamos con tres caballos. Eso sí, abundan los perros que, en general, parecen robustos, bien alimentados y han sabido adaptarse y sobrevivir al helaje del páramo. Y no faltan las vacas y las gallinas.

Sobran las motos. Cientos y cientos de motos rasgan el paisaje paramuno abriéndose paso entre las montañas y transitando kilómetros de carreteras.

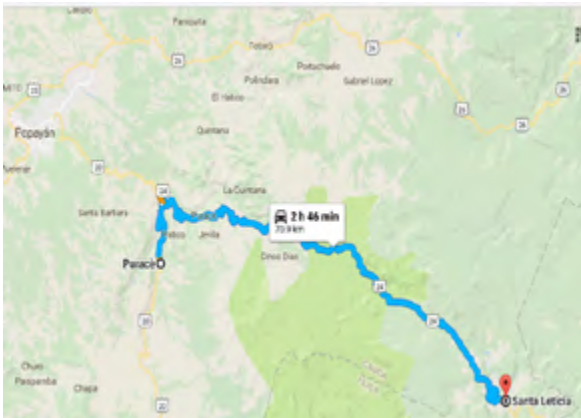
Si alguna vez la especie humana consigue sembrar vida en Europa, la helada

luna de Júpiter, probablemente crecerá colorida y diversa, menuda y extraña, como la que se advierte junto a las apagadas bocas volcánicas del Parque Nacional de Puracé, surtidas de aguas cargadas de musgos, algas y minerales subterráneos. Dicen que las dantas bajan a beber aquí agua gasificada. Nunca beben agua dulce. Estas corrientes sulfurosas —unas heladas y otras hirvientes— moldean sobre la tierra un desconcertante paisaje, entre oceánico y alienígena; un poco como si de repente el suelo submarino se hubiera amancebado con la luna, y entre los dos hubieran parido a cielo abierto cientos de anémonas, corales y hierbas de otro mundo.

Sin duda, estas fábricas de aguas que son los páramos de Puracé le habrían arrebatado el aliento al Neruda ebrio de verde, el mismo que alguna vez escribió *Vegetaciones*:

[...]

América arboleda,
zarza salvaje entre los mares,
de polo a polo balanceabas,
tesoro verde, tu espesura.



A lo largo de 70 kilómetros de vías sin pavimentar, cruzando el Parque Nacional de Puracé, avistamos solo tres caballos.



Dos motocicletas aparcadas en el patio de una casa. Resguardo indígena de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Uno de los tres caballos que conseguimos observar a lo largo del viaje.

Fotografías por Julián González.

Germinaba la noche
en ciudades de cáscaras sagradas,
en sonoras maderas,
extensas hojas que cubrían
la piedra germinal, los nacimientos.
Útero verde, americana
sabana seminal, bodega espesa,
una rama nació como una isla,
una hoja fue forma de la espada,
una flor fue relámpago y medusa,
un racimo redondeó su resumen,
una raíz descendió a las tinieblas.

No creo que Neruda haya conocido estas tierras hinchadas de aguas y flores, pues lo hubieran eclipsado y, tras verlas, el hechizo lo hubiera trastornado, y luego su *araucanía* le habría resultado desabrida y sosa. Le habría parecido poco menos que un enorme y aburrido *peladero*, un arrume de árboles decrepitos que se repiten cenicientos, una extensa danza de hojas endurecidas que hastían y molestan; una hilera de tierra mal abonada y mal criada por un dios anciano, desgastado y somnoliento.



Vista del Pozo de los Deseos. Durante años los viajeros se detenían aquí y tiraban monedas en el charco para hacerse a un amor esquivo, recuperar la salud o ahuyentar la mala suerte. Tanto metal aguas adentro terminó por emponzoñarlas y, con ellas, la laguna se volvió un moridero. Por fortuna, prohibieron el ritual y con los días volvió a florecer la vegetación acuática y regresó la danta a uno de sus bebederos preferidos. Parque Nacional de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Pozo de los deseos. Una laguna artificial creada por una pequeña represa que abastecía de energía eléctrica una hacienda cercana. Parque Nacional de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Plantas coloridas creciendo entre las aguas sulfurosas del Parque Nacional de Puracé. 8 de agosto de 2017.

Fotografías por Julián González.



Frailejón en Parque Nacional de Puracé.
8 de agosto de 2017.



Fogón de leña. Casa en el resguardo indígena de Puracé. 8 de agosto de 2017.

Fotografías por Julián González.

El tiempo del Frailejón

Cuando este frailejón —ver foto previa— se abrió paso entre la tierra, apenas comenzaba en Europa la reforma protestante de Lutero, y Francisco Pizarro empezaba la conquista del imperio Inca. Si pudiéramos leer las moléculas que los acontecimientos del mundo vertieron al viento y a la nieblas y que este frailejón atrapó en su vientre, escucharíamos entre sus tallos a Copérnico escribiendo *De revolutionibus* (1543), el documento en el que expresó su teoría heliocéntrica, y oíríamos a través de sus hojas aterciopeladas y húmedas los gritos de Giordano Bruno mientras ardía en Roma, condenado por herejía. Nos estremecerían los lamentos de los primeros esclavos negros llegando a América y la agonía de Cristóbal Colón en Valladolid. El frailejón crece un centímetro cada año. Y este tiene cerca de cuatro metros y medio.

Este frailejón ha sobrevivido a todo. Sabe que cien años no son nada. Sabe también cuánto ha cambiado el paisaje y que hay menos caballos cabalgando por estas tierras. Y aunque van desapareciendo poco a poco con sus enjaldas

y arreos, aquí todavía persisten algunas señales del tiempo de los cascos y los días sin motor: las cercas de púas, los fogones de leña, las piedras de amolar, los vasos de peltre, los abrevaderos, las tinajas y el piso de tierra.

Neruda enmudece

Me equivoco, en Puracé el amorío no fue cosa entre la luna y el mar. Más bien, la luna se lió con un dios joven y volcánico como *Nuguwaymasig* —una deidad de los indígenas Coconucos—, y revolcándose uno en el otro incendiaron la tierra, voltearon los mares, zarandearon los cielos y dejaron su reguero de amor *full color, húmedo y lascivo* sobre las aguas pantanosas. Luego se echaron a dormir, pero había sido tanta la energía invertida en su amor diurno y centelleante que al anochecer ya no tenían nada, el calor todo se les había escapado, y no les quedó más abrigo que el hielo, y se acurrucaron uno junto al otro quietecitos, entre la nieve se enterraron y se durmieron para siempre. Pero desde entonces, de vez en cuando, alguno se da vuelta mientras

sueñan y de entre sus vientres vuelve a arder el deseo y a chisporrotear brevemente el fuego, el estruendo y la lava que quema y fertiliza la tierra.

Ahora lo sé, Neruda. Menos mal que jamás estuviste en Puracé porque, sin duda, tu poderosa y afilada lengua habría encallado aquí para siempre.



Fotografía a través de telescopio. Desierto de la Tatacoa, Huila, 9 de agosto de 2017.



Paisaje volcánico, alienígena y lunar en el Parque Nacional de Puracé. 8 de agosto de 2017.



Parque Nacional de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Parque Nacional de Puracé. 8 de agosto de 2017.
Fotografías por Julián González.